



Ángel Viñas, fotografiado
por Mario Amorós

Entrevista realizada por
Mario Amorós

Ángel Viñas

Nuevas revelaciones acerca de «una guerra civil desfigurada»

Del último libro publicado por Ángel Viñas (Madrid, 1941), catedrático de la Universidad Complutense, economista, diplomático, historiador, profesor de la Universidad de Valencia en 1975, los medios de comunicación destacaron en la primavera y el verano el impactante descubrimiento de la responsabilidad de Francisco Franco en el asesinato del general Amado Balmes en Las Palmas el 16 de julio de 1936. Era la víspera del estallido de la sublevación militar contra la República en el Protectorado Español de Marruecos. Faltaban dos días para que Franco abandonara el archipiélago a bordo del Dragon Rapide con destino a Tetuán para ponerse al frente del ejército español en África.

No obstante, La conspiración del general Franco (subtitulado «y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada», publicado por Crítica, con 360 páginas) es un libro imprescindible para el conocimiento histórico de aquella contienda sobre todo porque alumbraba las razones por las que Gran Bretaña abrazaría la política de «no intervención» que Francia plantearía tempranamente. Y porque, como revela y analiza exhaustivamente Viñas, aquella hostilidad fue un éxito indiscutible de la «trama civil» de la conspiración contra la II República, una acción ocultada por la historiografía franquista, que durante 75 años no ha cesado de propagar y apuntalar todas las mentiras construidas por los golpistas para legitimar la destrucción de la democracia en España entre 1936 y 1939.

Este libro completa las capitales aportaciones hechas por el profesor Ángel Viñas. Evidentemente, pensamos en la monumental tetralogía que entre 2006 y 2009 publicó en la editorial Crítica (La soledad de la República, El escudo de la República, El honor de la República y El desplome de la República –este último con Fernando Hernández Sánchez), pero también evocamos su estudio clásico sobre la Alemania nazi y el golpe de julio de 1936 (Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias, Alianza Editorial, 2001), así como sus recientes trabajos sobre el embajador Pablo de Azcárate (En defensa de la República. Con Negrín en el exilio, Crítica, 2010) y los diplomáticos republicanos (Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil, Marcial Pons, 2010).

Su nueva obra es el fruto de una sólida investigación en archivos de España (Archivo General de la Guerra Civil / Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, Archivo General Militar de Ávila, Archivo General Militar de Segovia y Archivo del Tribunal Militar Territorial Quinto de Santa Cruz de Tenerife) y de Gran Bretaña (en Londres, los archivos del Imperial War Museum, los Archivos Nacionales británicos y la British Library Newspapers; en Aberdeen –Escocia–, el archivo personal de sir George Ogilvie-Forbes, ministro consejero de la Embajada británica en España en 1936). «Sin archivos no hay historia. Toda la historia no está en los archivos, pero no se puede escribir historia sin archivos», subraya Viñas.

Precisamente, en el epílogo ofrece a las jóvenes generaciones de historiadores toda una hoja de ruta para la investigación de los años de la II República, la guerra civil y la dictadura franquista que culmina con esta reflexión: «A medida que evoluciona la sociedad, surgen nuevos enfoques, nuevos ángulos y nuevas perspectivas que se aplicarán a campos de evidencia más amplios. La historia es, en consecuencia, un proceso. Nunca se detiene. Las verdades de ayer pueden ser invalidadas mañana, en función de nuevos descubrimientos y de nuevas perspectivas de análisis. Existe, por lo demás, en el caso de la guerra civil y del franquismo, una necesidad evidente de superar las costras interpretativas que lastran el conocimiento del pasado y de leer la evidencia empírica relevante de época sin proyectarla hacia delante (el futuro es incognoscible) ni hacia atrás (el pasado no es una mera preencarnación del presente)».

¿Cómo nació la idea de escribir *La conspiración del general Franco*?



Frente a lo que algunos historiadores han escrito acerca de la neutralidad de Gran Bretaña durante la guerra civil, cuando preparé la tetralogía observé que la postura británica había sido sobre todo de hostilidad, pero como se hacen estas cosas naturalmente en la escena internacional y sobre todo en consonancia con las tradiciones de la diplomacia británica: de manera relativamente oculta, aunque clara. Entonces, cuando aún no había terminado de escribir la tetralogía, empecé a investigar en archivos británicos y españoles, a estudiar, ver documentos, buscar... para explicarme por qué.

He podido constatar que en Londres había temor a una revolución comunista en España, había preocupación por el destino de las inversiones extranjeras, sobre todo británicas, y al entrar más en detalle he destacado aspectos que hasta ahora no había percibido. Por ejemplo, durante los primeros cuatro años de la República, la Embajada británica mantuvo una posición muy correcta; es dramático comprobar cómo cambió a partir de 1935 con la jubilación del embajador Grahame y la llegada de su sustituto. Este análisis se mezcló con el *Dragon Rapide*, porque al fin y al cabo este avión se alquiló en Londres, y eso me llevó al general Balmes y a interrogarme por las causas reales de su muerte. Fui a Canarias, hablé con unos y con otros

e intuí que aquellos sucesos no estaban claros. Luego leí al ínclito Ricardo de la Cierva y comprobé que está completamente en la luna; no soy policía ni fiscal, pero es evidente que su relato no se sostiene. Investigué y mi conclusión principal fue que el *Dragon Rapide* se utilizó para sacar de Canarias a Franco, pero que éste a su vez lo utilizó para neutralizar la resistencia que el general Balmes hubiera podido oponer a la sublevación desde el mando de la guarnición de Las Palmas.

Su libro descubre las raíces de la hostilidad del gobierno británico hacia la República durante la guerra civil...



De las tres partes del libro, ésta –la segunda– es la que más me ha costado escribir; porque es un capítulo de la historia de la política exterior británica del cual falta mucha documentación. No hay que olvidar que lo que conocemos –y he analizado para este libro– son los despachos de la Embajada y en los expedientes que los contienen figuran las impresiones, los comentarios de los funcionarios del *Foreign Office*, pero no sabemos nada acerca del proceso de toma de decisiones en la cancillería británica.

Resalto este punto, porque al *Foreign Office* llegaba –y no se había subrayado hasta ahora– no solo la información diplomática, sino también la que proporcionaban los dos servicios de inteligencia que en aquel tiempo estaban adscritos a este ministerio. Por una parte, el servi-

*Gran Bretaña
no fue neutral,
sino hostil hacia
la República*

cio de interceptación de telegramas (una tarea que los británicos practicaban con mucha eficacia desde la I Guerra Mundial), que en 1936 intervenía las comunicaciones de la Italia de Mussolini, pero también de la Comintern...

Esto es muy relevante...



Sí, porque entre 1934 y 1936 la Comintern aún no sabía que les habían roto la cifra. Estos telegramas, que contenían las instrucciones de Moscú al PCE, demuestran que en España nadie preparaba una revuelta comunista, ya que les instaban a defender el Frente Popular y la República democrática. Esto nos lo dice la evidencia primaria de la época.

El otro servicio de inteligencia que dependía del *Foreign Office* era el MI6. No se sabe mucho de su documentación, pero gracias a un libro publicado el año pasado en Inglaterra conocemos que en abril de 1936 miembros del MI6 alertaron a sus colegas franceses del *Deuxième Bureau* sobre la posibilidad de la instalación de un régimen soviético en España. ¡Un régimen soviético en España! Pero si los telegramas de la Comintern que interceptaban los británicos no señalaban eso...

¿De dónde procedía esa visión tan sesgada?



De la Embajada británica en España, porque el embajador, sir Henry Chilton, hacía una lectura puramente ideológica de la realidad española. No se preocupaba demasiado de entrar en averiguaciones, no se relacionaba con la izquierda, ni tampoco apenas con el Gobierno, se relacionaba con los círculos monárquicos y con los dirigentes de la CEDA.

El anterior embajador, sir George Grahame, había hecho un trabajo muy diferente y ecuánime. Era una persona que hablaba español, conocía bien España y la información que transmitió a Londres fue modélica: no ocultó que nuestro país vivía un periodo de turbulencias, pero no se le ocurrió pensar que se iba hacia una república soviética. Esa visión se configuró a partir de 1935, cuando llegaron el nuevo embajador, Chilton, el nuevo ministro consejero y algunos cónsules nuevos, como el de Tenerife.

Es muy interesante su análisis del papel de «la trama civil» de la sublevación...



Creo que demuestro que existió una compenetración clara entre la trama militar, entre quienes prepararon y ejecutaron el golpe de estado, y una trama civil cuyos contornos todavía hoy están poco perfilados. Se dice que financiaron el golpe... Bueno, pues sí, pero eso no es gran cosa, eran «cuatro perras», un golpe no necesita dinero para financiarse, pero, en fin, admito que había que pagar a los pistoleros falangistas. Se sabe que hubo personas que donaron dinero a la causa y que Juan March puso «cuatro perras» para alquilar el *Dragon Rapide*.

Pero esto es un aspecto menor: Lo importante es el papel político de la trama civil y entiendo que tuvo tres dimensiones por lo que se desprende de los despachos de la Embajada británica en sus dos etapas, antes y después del relevo del embajador en 1935. Primero, apoyó los esfuerzos de rectificación de las reformas republicanas por la vía legal en la época de los gobiernos radical-cedistas. Esto lo captó la Embajada y, por lo menos, también la inteligencia naval británica. Para esta estrategia Gil Robles necesitaba conseguir el poder, que le hicieran presidente del Gobierno. Esta estrategia, conocida en líneas generales, pero todavía negada por algunos y desde luego desfigurada, fracasó cuando Alcalá-Zamora no le quiso entregar el gobierno.

Y tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 optaron por el golpe de estado...



Sí y, por consiguiente, el segundo papel de la trama civil estribaba en crispas la opinión pública. Ya lo había hecho antes, esa acción también se desprendía de los documentos del embajador Grahame. Y el tercer papel fue desfigurar lo que estaba pasando y advertir a la Embajada británica del peligro inminente de una revolución comunista en España.

Usted subraya algo importante para que el lector lo tenga presente: en aquel tiempo, la información que proporcionaban las embajadas era

decisiva para la definición de la política exterior. Por otra parte, es curioso cómo unos conspiradores se dedicaron a tender puentes con la Italia fascista (algunos militares retirados por la ley Azaña o Antonio Goicoechea, el hombre de confianza de Calvo Sotelo) y otros (esencialmente José María Gil Robles y Ángel Herrera Oria) se concentraron en la Embajada británica, recurriendo por cierto a la imagen de Kerensky...



Es una creación española, es una creación de los monárquicos españoles... Se aplicó ya en 1930 ¡a Alcalá-Zamora! ¡A Alcalá-Zamora! ¡Pobre don Niceto! Y luego reapareció con Manuel Azaña, presentado como «el Kerensky español». Es una estupidez; si no fuera por las consecuencias que tuvo, sería gracioso... **No es casual que la historiografía franquista haya ocultado este gran éxito de la trama civil de la conspiración contra la República...**



En julio de 1936 los británicos sabían que iba a estallar un golpe militar en España y por supuesto no dijeron nada, se abstuvieron. Interceptaron las comunicaciones últimas del servicio secreto militar italiano, sabían que iba a estallar el golpe y permanecieron callados. Ésa es la responsabilidad histórica y política del gobierno conservador británico de la época. Por tanto, he llegado a la conclusión de que la historia no fue como nos la han contado durante muchos años y todavía hoy nos la cuentan algunos: fueron los golpistas quienes acudieron a las instancias internacionales, no los republicanos. Y todo lo que durante 75 años los historiadores franquistas han advertido sobre la Comintern y el peligro comunista es pura filfa. En la tercera parte del libro saco a colación algunas de las afirmaciones más chocantes de esta tradición historiográfica.

Entre sus conclusiones afirma: «La política británica, con su fuerte base de carga ideológica y de clase, condenó a la República»...



Toda esta reflexión se basa en algo que señalo en las primeras páginas: es erróneo estudiar la génesis de la guerra civil y su desarrollo solo en coordenadas nacionales, ex-

plicable solo por factores endógenos. La guerra civil no estalló en julio de 1936, ahí estalló una sublevación. Esa sublevación no pudo ser contenida por diversas razones, el golpe militar fracasó pero no del todo y sobre aquella situación de empate se insertaron los vectores internacionales, que fueron tres. Los dos primeros fueron la retracción de las potencias democráticas y la acometida fascista. Con esos dos primeros vectores la República tenía perdida la guerra en septiembre de 1936. Esto ya lo vieron Azaña y algunos diplomáticos, como el mexicano Daniel Cosío. Lo apreciaron también el servicio de inteligencia militar soviético y el servicio de inteligencia militar británico. La República estaba perdida. ¿Qué la salvó momentáneamente? La intervención soviética, que le permitió empezar a echar un pulso. Y hacia febrero-marzo de 1937 fue decisiva la apuesta por una guerra larga de Franco, ya jefe del Estado, Caudillo y Generalísimo de los Ejércitos de operaciones, con su pretensión de asentar sólidamente su primacía sobre una serie de generales que entonces ya estaban pensando en el escenario político posterior a la victoria.

Y también para aniquilar la base social republicana...



Y liquidar al Ejército Popular: Como estrategia militar es aberrante y ya a los fascistas italianos, que en esto fueron testigos de cargo, les llamó la atención la crueldad de Franco, que ordenara unas represiones tan masivas. No le entendieron, Franco quería liquidar la «anti España», la «basura izquierdista» española.

La República estaba condenada porque Stalin no pudo sostener el apoyo militar; y tampoco quiso, ya que le complicaba mucho, y porque la política de «no intervención» continuó hasta el final, al igual que el apoyo de las potencias fascistas a Franco.

Vayamos a la primera parte del libro, la conspiración de Franco en Canarias en el marco de la conjura general contra la República. En esas páginas aporta numerosos indicios de que el enton-

ces comandante general de Canarias ordenó desde su cuartel en Tenerife el asesinato del general Balmes el 16 de julio de 1936...



Amado Balmes, jefe de la importante guarnición militar de Las Palmas en julio de 1936, era un militar profesional, de trayectoria africanista, que había participado en 1934 en la represión de la Revolución de Asturias a instancias de Franco. Cuando éste supo que no apoyaba la sublevación que estaban preparando contra la República, hizo un último esfuerzo por convencerle en una entrevista secreta. Como no le persuadió, decidió eliminarlo. ¿Cómo? Bueno, solo lo supieron fidedignamente el asesino y el chófer del general, que estaba allí y que se presentó en la comandancia militar completamente trastornado, porque debió darse cuenta de lo que había pasado. El chófer después se volatilizó en la historia, desapareció.

¿Qué sucedió aquella mañana en el campo de tiro del Cuartel de Infantería en Las Palmas?



Creo que un oficial, cuyo nombre conozco pero no revelo por razones deontológicas, porque solo tengo sospechas fundadas de que fue él, se acercó a Balmes y le disparó. Durante 75 años los historiadores franquistas nos han contado el «cuento chino» de que el general Balmes, antes de morir en el hospital militar, se hirió gravemente en el campo de tiro cuando para desencasquillar su pistola puso el cañón en su estómago. Si hubiera sido así, la guerrera tendría necesariamente restos de pólvora, de lo contrario fue el asesinato puro y limpio. ¿Qué pasó con la guerrera? Se la quedaron los militares que lo tenían todo preparado para sublevarse al día siguiente. También la autopsia desapareció.

Franco denegó la petición de la viuda de que se reconociera que había muerto en acto de servicio para cobrar la pensión correspondiente...



Es un poco extraño, pero esto solo demostraría una cierta animadversión de Franco hacia Balmes, no necesariamente que hubiera ordenado su asesinato. Para mí es un

indicio más, pero la acumulación de todos los indicios que expongo en el libro apunta hacia una única dirección... Por ejemplo, volvamos al oficial que, en mi opinión, pudo matar a Balmes: cuatro días después cumplió misiones muy importantes y secretas desde Tetuán para Franco. No hubo ningún otro oficial que hiciera eso. Franco se fiaba de él, se lo llevó de Canarias, porque no confiaba en los oficiales del ejército de África. En el libro doy pistas sobre su identidad, el historiador que quiera encontrar su nombre lo hallará.

¿Balmes fue la primera víctima de la guerra civil?



Fue el primer asesinato de la guerra civil. Creo que ése fue el momento en que Franco «cruzó el Rubicón»; en realidad, Franco se sublevó el 16 de julio de 1936. El asesinato del general Balmes revela su carácter planificador, oscuro, y su capacidad para preparar un plan que ha permanecido oculto durante 75 años.

La muerte de Balmes era la excusa que necesitaba Franco para viajar con su familia a Las Palmas el 17 de julio, para presidir su funeral, y al día siguiente embarcarse desde allí en el Dragon Rapide hacia su destino final, Tetuán, con la retaguardia alineada sin fisuras con la sublevación...



Esta excusa estaba prevista. Franco pidió un avión para salir de Canarias desde junio y en los círculos de la conspiración se hablaba de sacarle del archipiélago por vía aérea desde abril. El 11 de julio el marqués Juan Ignacio Luca de Tena (propietario del diario *Abc*), quien había ordenado al corresponsal de su periódico en Londres, Luis Bolín, que alquilara un avión, le indicó que éste debía aterrizar finalmente en Las Palmas. Se excluyó claramente Tenerife. El 15 de julio, a primera hora de la mañana, Franco tuvo la confirmación de la llegada del *Dragon Rapide* a Gando, en Gran Canaria, y ya pudo poner en marcha su plan.

En este punto, me he detenido en un testimonio que ha pasado completamente desapercibido. El teniente coronel Luis Gabarda, quien recibió la visita de Hugh Pollard aquel 15 de ju-

Con el asesinato del general Balmes, Franco «cruzó el Rubicón»

lio a las siete y media de la mañana para confirmarle la llegada del avión y lo transmitió al cuartel de Franco, aseguró en 1953 en un artículo de *Abc* que el 13 de julio, la víspera del aterrizaje del *Dragon Rapide* en Gran Canaria, le estaban llamando desde la comandancia militar de Tenerife, es decir de parte de Franco, preguntando por la llegada del avión. Una vez que tuvo la confirmación, la comandancia militar de Tenerife envió a unos cuantos oficiales para verificar que efectivamente era Pollard quien había llegado y poner en marcha el plan previsto. En el libro reconstruyo el encuentro de estos oficiales con Pollard y su hija gracias a los recuerdos que ésta dejó. También nuestro que Gabarda, al igual que Bolín, desfiguró la fecha de llegada.

Bolín enroló a Hugh Pollard en el Dragon Rapide junto con su hija Diana y una amiga de ésta, Dorothy Watson, para ayudar a camuflar el motivo de la expedición. Usted en el libro sostiene que en aquel momento Pollard no era un agente de inteligencia británico...



Lo había sido hasta 1918 o 1919 y luego se involucró como asesor en una cosa turbia en la guerra contra los nacionalistas irlandeses, pero ése no es mi objeto de estudio. Es evidente que Pollard era un hombre que se movía en aguas oscuras, pero desconozco qué hizo entre 1922 y 1936. A lo más que llevo, y es mi hipótesis fundamental, que es novedosa, es a sostener que no era un agente de los servicios de inteligencia; desde luego, no era miembro del MI6 y desconozco si trabajaba o había trabajado para la inteligencia militar; puesto que los documentos relevantes están cerrados. Sí creo altamente probable que su misión en Canarias contara con algún tipo de bendición oficial u oficiosa, aunque no fuese en puridad un agente de inteligencia británico.

En mayo de 1939 los tres pasajeros británicos del Dragon Rapide fueron invitados por Franco al «desfile de la victoria» en Madrid y lo presenciaron desde el estrado reservado a las personalidades. ¿Mantuvieron el contacto de alguna manera?



Sí, pero de eso no he encontrado documentación. Lo único que he hallado es que Franco envió una fotografía suya dedicada a Dorothy Watson en 1938, en el segundo aniversario de la sublevación. ¿Fue el resultado de un viaje de Dorothy a España? ¿O se la mandó el duque de Alba, agente de los sublevados en Londres? Es curioso...

Defina a Franco como «un soldado cruel y despiadado que actuó con criterios ideológicos y políticos»...



Franco se sublevó en julio de 1936, pero no con la esperanza de ser el Caudillo de España, por supuesto. La conspiración la dirigía el general Mola por encargo de su principal instigador, el general Sanjurjo. Si no hubiera fallecido en accidente de avioneta el 20 de julio de aquel año, el jefe de los sublevados y de la entidad política que se hubiera creado hubiera sido Sanjurjo, con quien Franco no podía competir ni por rango, ni por prestigio, ni por imbricación en la dirección del golpe de estado. Franco era un general de división nada más, y nada menos, que se hubiera quedado probablemente, como decía con muy mala uva don Pedro Sainz Rodríguez, como Alto Comisario de España en Marruecos.

¿Cuál fue el factor decisivo para su consolidación al frente de la sublevación?



El apoyo de las potencias fascistas. Cuando Franco llegó a Marruecos, puso un telegrama al agregado militar alemán en París para pedirle aviones de transporte. El telegrama fue reenviado a Berlín, pero allí se tiró a la papelera. El golpe de suerte de Franco fue que, sin muchas esperanzas, envió una misión a Berlín y esa misión tuvo éxito, puesto que, en contra de la opinión de sus militares y diplomáticos, el 25 de julio Hitler decidió ayudarlo. Y después, por razones logísticas, Mussolini también le ayudó, porque era más fácil enviar aviones y pertrechos a Marruecos que a Mola, jefe de la zona norte. El apoyo de las potencias fascistas le permitió avanzar rápidamente, porque tenía aviones, ametralladoras, cañones y... fue parsimonioso en la transferencia de armamento a Mola. Esto último

no lo digo yo, lo escribió su primo Francisco Franco Salgado-Araujo en sus memorias, en las que reprodujo parte de los telegramas que intercambiaron Mola y Franco.

En la tercera parte del libro, titulada «La batalla por la verdad», incide en la importancia del Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de Julio de 1936...



Es el origen... El *Dictamen* lo elaboró una comisión establecida por Ramón Serrano Suñer en diciembre de 1938 y su objetivo fundamental fue demostrar que tanto la República como el Frente Popular eran ilegítimos por razón de origen y por razón de funcionamiento. Es un análisis de las causas del supuesto fracaso republicano y una justificación de la necesidad de la sublevación, porque al final la historiografía franquista lo que intenta hacer, tanto ayer como hoy, es justificar por qué la sublevación fue necesaria, imprescindible, porque de ahí deriva todo lo demás.

Es una mistificación de la historia, por eso sostengo que la historiografía franquista recuerda un poco a la historiografía estalinista de la Unión Soviética, es una desfiguración consciente del pasado. Este informe, que tiene unas 400 páginas con los anexos, es la fuente de la que se ha nutrido la historiografía franquista desde 1939. Es la pieza de cargo, es la acusación oficial del régimen y es profundamente irracional.

En las páginas finales expresa su desacuerdo con la «tesis de la equiparación» entre los leales a la legalidad democrática republicana y los golpistas...



«Todos fuimos culpables, todos tenemos algo que reprocharnos...». ¡Pues no! Unos se sublevaron a partir de argumentos espurios que fabricaron ellos mismos y otros no. Bueno, estoy seguro de que a lo mejor en Guadalajara un tenientillo se creía lo que decía el coronel y el coronel se creía lo que leía en el periódico *La Correspondencia Militar*, pero los conspiradores, la cúpula militar y civil de la conspiración, no se lo creían. Y no se lo creían porque empezaron a fabricar documentos falsos que probaban que iba a haber un golpe pro-

soviético y que había que adelantarse a ello. Por eso, unos se sublevaron bajo pretextos espurios y otros resistieron la sublevación como pudieron. No son iguales. La solución de ninguno de los problemas que tenía la República (la modernización económica, la modernización social, la modernización política, la distribución de tierras...) justifica medio millón de muertos, que son imputables a los que se sublevaron. Porque la represión republicana (Paracuellos, la cárcel Modelo de Madrid, el SIM...) fue consecuencia de la sublevación. De hecho, en *La soledad de la República* expliqué que a finales de junio de 1936 habían empezado a suavizarse las movilizaciones contestatarias, las huelgas... Probablemente, si no se hubiera producido la sublevación, hacia el otoño de 1936 la situación se hubiera reconducido.

Algunos diplomáticos ingleses lo vieron así; por ejemplo, el cónsul en Sevilla señalaba que detrás de tanta agitación había en gran parte un ejercicio de competencia entre la UGT y la CNT. Pero, eso sí, sobre eso actuaba la violencia desatada por la acción directa falangista, que estaba financiada por las derechas.

También afirma que la «batalla por la verdad continúa»... ¿Está preparando otra obra sobre aquel periodo?



Quisiera preparar algún libro más sobre temas que para mí son importantes, a lo mejor no lo son tanto para el gran público, pero van a demostrar hasta qué punto en sus propios términos la dictadura franquista era incompetente. La verdad es que no me va a hacer muchos amigos...

Precisamente, la visión de la historia construida por el franquismo y sus propagandistas perdura aún hoy en una parte de la sociedad...



Claro, porque somos una sociedad que no ha ajustado las cuentas con nuestro pasado y eso a la gente le suena porque es lo que ha escuchado durante muchos años en la dictadura franquista. Y luego es evidente que en la guerra civil hubo mucha violencia republicana. Pero todavía hoy leo algunas memorias

La historiografía franquista es una desfiguración consciente del pasado

de destacados prohombres en el franquismo que siguen diciendo que la República iba condenada a caer en manos de la URSS. ¡Todavía hoy! ¡En el año 2011! Bueno ¿contra eso qué podemos hacer? Lo que los historiadores hacemos muchas veces no cala...

En este libro he hecho un intento, en primer lugar, de hacerlo no demasiado extenso y hacerlo muy afirmativo, muy rotundo, que no es mi estilo. Pero, en fin, aquí hay que decir: las cosas no fueron así. Y hay que denunciar en términos historiográficos. Por eso la tercera parte es un intento de historia «estructural»: las grandes tendencias historiográficas y las grandes tendencias históricas.

Porque no lo sabemos todo de la guerra civil. Es más, en dimensiones esenciales, la guerra civil está profundamente distorsionada porque lo ha estado durante cuarenta años por la dictadura franquista. Y, claro, luego toda una generación, o dos generaciones, de historiadores hemos estado limpiando esa bazofia y poniéndola en su territorio. Otros se han dedicado a la República, yo me he dedicado a la guerra civil, porque me parece que es tan importante en la historia del siglo XX español y tiene efectos que hoy todavía se hacen sentir.

De hecho, hasta la crisis económica actual el debate sobre la memoria histórica era uno de los principales asuntos de la agenda política...



Era parte del debate político más actual. Y la modesta Ley de Memoria Histórica los debates que ha suscitado... Pero esto no ocurre en ninguna sociedad europea occidental. Por ejemplo, hace poco ha salido un libro horriblemente desmitificador sobre Léon Degrelle en Bélgica, no es que fuera muy necesario... No he visto a nadie que se haya conmovido allí, porque Degrelle está amortizado. Aquí Franco es evidente que no está amortizado, no está amortizado, porque aún no ha muerto para algunos y sus concepciones, o las concepciones amamantadas en la historia franquista, tienen vigencia en ciertos sectores de la sociedad, y, para ser más concreto, en el Partido Popular y en la Iglesia católica.

Soy muy combativo en esto: la historia de la II República y de la guerra civil no es como nos la han contado y hay que partir de ahí para indagar qué pasó, por qué pasó... Como ha dicho Santos Juliá, los historiadores nos pusimos a hacer nuestro papel en cuanto pudimos, incluso antes de la muerte de Franco ya se publicaron trabajos que no eran muy «católicos» para la dictadura. Pero ha sido en los últimos diez o doce años cuando se ha acentuado el proceso gracias a la apertura de archivos. Sin archivos no hay historia. Toda la historia no está en los archivos, pero no se puede escribir historia sin archivos. Es imposible. ■



Ángel Viñas

>
Paul Preston muestra
un ejemplar de
El holocausto español.
Fotografía de Mario Amorós



PAUL
PRESTON
EL HOLOCAUSTO
ESPAÑOL
LA GUERRA CIVIL Y EL HOLOCAUSTO



Paul Preston, fotografiado
por Mario Amorós

Entrevista realizada por
Mario Amorós

Paul Preston

Una visión global de la represión durante la guerra civil y la dictadura

Paul Preston (Liverpool, 1946), catedrático de Historia Contemporánea de España en la prestigiosa London School of Economics, es uno de los eximios hispanistas que han contribuido de manera decisiva al conocimiento de los periodos determinantes de nuestro siglo xx. Autor de importantes libros sobre la II República y la guerra civil, así como de la biografía de referencia del dictador (Franco, caudillo de España), desde abril de 2011 presenta su último estudio: El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después (Debate). A lo largo de sus 860 páginas, ofrece una descripción muy completa de la extrema violencia del conflicto bélico que entre 1936 y 1939 abrió paso a una dictadura de 40 años y analiza –provincia a provincia, comarca a comarca y casi pueblo a pueblo– el plan de exterminio del ejército franquista y la violencia en la retaguardia republicana. Este libro es fruto de una década de trabajo, de la lectura de más de mil libros y de una reflexión histórica rigurosa, paciente y comprometida.

Cuando se aproxima a su umbral el lector se encuentra ante un prólogo de Paul Preston que parte con estas palabras: «Durante la Guerra Civil española, cerca de 200.000 hombres y mujeres fueron asesinados lejos del frente, ejecutados extrajudicialmente o tras precarios procesos legales. Murieron a raíz del golpe militar contra la Segunda República de los días 17 y 18 de julio de 1936. Por esa misma razón, al menos 300.000 hombres perdieron la vida en los frentes de batalla. Un número desconocido de hombres, mujeres y niños fueron víctimas de los bombardeos y los éxodos que siguieron a la ocupación del territorio por parte de las fuerzas militares de Franco. En el conjunto de España, tras la victoria definitiva de los rebeldes a finales de marzo de 1939, alrededor de 20.000 republicanos fueron ejecutados. Muchos más murieron de hambre y enfermedades en las prisiones y los campos de concentración donde se hacían en condiciones infrahumanas. Otros sucumbieron a las condiciones esclavistas de los batallones de trabajo. A más de medio millón de refugiados no les quedó más salida que el exilio y muchos perecieron en los campos de internamiento franceses. Varios miles acabaron en los campos de exterminio nazis». Todo esto constituye, escribe Preston, «lo que a mi juicio puede llamarse el 'holocausto español'».

Es la primera vez que se habla de «holocausto español» y realmente la lectura del libro avala el uso de un término tan contundente como simbólico...



Sabía que el título sería conflictivo y cuando aparezca la edición inglesa, en marzo de 2012, espero muchas críticas en el mundo anglosajón procedentes de algunos sectores judíos que piensan que el holocausto solo es lo que hicieron los nazis. No obstante, era consciente de que muchos historiadores judíos prefieren no emplear la palabra «holocausto», porque tiene connotaciones de sacrificio y no quieren conceder un tono religioso al horror que sufrieron sus antepasados, y eligen la palabra hebrea *Shoah*, que significa «catástrofe».

Por otra parte, no se trata de comparar lo que sucedió en la guerra civil española con el holocausto nazi, porque éste se desarrolló en un territorio colosal (Alemania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Ucrania, muchas partes de Rusia...) y durante una guerra de expansión. Pero si se compara proporcionalmente España con Alemania, el número de víctimas es muy similar y, además, ante los hechos que explico en el libro no encontré ninguna otra palabra que encapsulara mejor el horror que ésta.

En la primera parte analiza «los orígenes del odio y la violencia». ¿El origen de la confrontación fue la intransigencia de las derechas ante el programa reformista de la República de 1931?



Claro, porque los gopistas dijeron que se alzarían para salvar a España... Normalmente, se salva a un país de un enemigo exterior: ¿Qué enemigo era aquél? Uno inventado: «el contubernio judeo-masónico-bolchevique». Tenían una visión muy sesgada de lo que era España. Consideraron un desafío todo aquel programa de reformas, no solo las transformaciones económicas (como la reforma agraria), sino también las reformas militares o la legislación laica. Incluso para muchos latifundistas del sur los programas de alfabetización del campesinado eran inaceptables y para los sectores conservadores en general las medidas de igualdad de género, también.

Señala que las condiciones de vida y trabajo del proletariado rural del sur de España en aquel tiempo son «inimaginables»: hambrunas, explotación, represión de la Guardia Civil... Entre 1931 y 1936, sobre todo durante el «bienio negro», los patronos empuñaron muchas veces la expresión «¡Comed República!» como respuesta a sus reivindicaciones...



Creo que todo empezó antes de la II República, incluso antes de 1917 hubo revueltas esporádicas en el campo andaluz y extremeño, pero sobre todo entre 1918 y 1921 –el llamado Trienio Bolchevique– hubo importantes insurrecciones. Después hubo una serie de paliativos que hicieron posible una tregua en aquella terrible desigualdad social en el campo (permiso para recoger leña, cazar conejos, tomar los frutos que caían de los árboles...). La reforma agraria de la República ofendió mucho a los latifundistas, que incluso vieron cada una de las primeras medidas (la jornada de ocho horas, la Ley de Términos Municipales, la introducción de los Jurados Mixtos, la Ley de Laboreo Forzoso de las tierras abandonadas...) como un desafío a las relaciones ancestrales en el medio rural. Estaban completamente dispuestos a rechazar esas reformas, a obstaculizarlas, como se aprecia muy bien en la prensa conservadora de la época.

En otras regiones de España, las relaciones eran más complejas según el sistema de cultivo. Como había un predominio muy notorio de los medios de comunicación de derechas (los periódicos conservadores tenían mejores máquinas y tiradas muy superiores a las de *El Socialista*, *El Obrero de la Tierra* –de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de la UGT– o *La Tierra*, de la CNT), elaboraban un discurso muy inteligente. Por ejemplo, utilizaban palabras como «labrador» para designar a un pequeño propietario que vivía igual de mal que un bracero, pero con esta palabra identificaban los intereses de los grandes latifundistas con los de los pequeños propietarios. Y tenían el apoyo de la Iglesia católica: cada púlpito era un punto de propaganda.

En el contexto europeo de ascenso del nazismo y auge del fascismo italiano apareció la Falange, cuyos militantes tomarían parte activa en el plan de exterminio franquista...



La historia de la Falange durante la República y la historia de la Falange a partir del 18 de julio de 1936 son cosas totalmente diferentes. La Falange se fundó en octubre de 1933 y hasta las elecciones de febrero de 1936, hasta la salida de las derechas del gobierno, tuvo poco que hacer, no tuvo mucho éxito. Cuando realmente empezó a ser de utilidad para las derechas fue en la primavera de 1936, cuando se la utilizó como instrumento de provocación: atacaban a izquierdistas, provocaban sus represalias y después la prensa conservadora hablaba del colapso total del orden público. El 17 y 18 de julio de 1936 mucha gente se alistó en la Falange: hubo una «crisis de tela azul» para hacer camisas azules... Ya en la primavera de 1936 muchos militantes de la Juventud de Acción Popular (rama juvenil de la Confederación Española de Derechas Autónomas CEDA) se habían pasado a la Falange y otros muchos lo hicieron una vez que se produjo el golpe de estado. Eran católicos convencidos, jóvenes militantes... También hubo muchos que se afiliaron como salvavidas, para ocultar un pasado republicano o incluso de izquierdas. Y luego, pasó también en zona republicana, había gente con sed de sangre que aprovechaba la oportunidad para robar y matar... En la zona rebelde este tipo de personas se alistaron principalmente en la Falange y en la republicana en la CNT-FAI.

La retórica revolucionaria del sector izquierdista del PSOE no ayudó al proyecto de la República, al igual que las recurrentes acciones insurreccionales de la CNT y el anticlericalismo de la izquierda, que asomó visceralmente en determinados momentos (las primaveras de 1931 y 1936)...



En absoluto, todo lo contrario. El laicismo de las autoridades republicanas dio rienda suelta al anticlericalismo de muchos elementos. Por ejemplo, algunos alcaldes socialistas que tenían enemistad con los párrocos lo-

cales recurrían a medidas como impedir que tocaran las campanas de las iglesias, prohibir entierros por el rito católico... Eran cosas absurdas, provocaciones que consolidaban la hostilidad de la Iglesia y alimentaban a quienes denunciaban el anticlericalismo de las reformas de la República.

Por otro lado, el sector radical del Partido Socialista, liderado por Largo Caballero, quería asustar a la derecha para que renunciase a obstaculizar las reformas. El problema es que la asustó y aquella retórica revolucionaria fue otro grano de arena, o más bien un camión de arena, para justificar la idea de que la solución era algo mucho más violento. El papel de la CNT fue más negativo, porque declaró la guerra a la República desde el 1 de mayo de 1931. Los anarquistas fueron tan enemigos de la República como la derecha.

La represión de octubre de 1934 en Asturias fue un verdadero laboratorio de lo que sucedió en el verano de 1936 en Andalucía occidental, Extremadura y Toledo, con el traslado de los mercenarios marroquíes para aplastar brutalmente la revolución obrera...



Efectivamente, ésa era la idea de Franco, porque otros militares relevantes del Ministerio de la Guerra creían que eso podía solucionarse con tropas de la Península. A Franco no le correspondía intervenir en aquel conflicto, porque entonces era el comandante militar de Baleares, pero como estaba acompañando al ministro, Diego Hidalgo, en unas maniobras en León y sabía que el gobierno estaba intentando provocar una insurrección... En aquel momento, el ministro firmaba las órdenes que Franco le presentaba y fue idea suya llevar las tropas africanas bajo mando del coronel Yagüe, una decisión que envenenó la situación y que prueba cómo era Franco. La insurrección fue un gran error; pero la represión militar fue terrible y exagerada.

A finales de julio de 1936, desde Sevilla, tras el sangriento triunfo de los golpistas en menos de una semana, el general Queipo de Llano ordenó una verdadera política de «tierra arrasada», en

El sector radical del Partido Socialista quería asustar a la derecha para que no obstaculizase las reformas. El problema es que la asustó

la que participaron destacados latifundistas, religiosos y militantes carlistas y falangistas, para sembrar el terror, como había hecho el ejército español en África en la década anterior...



Hasta 1925 con la batalla de Alhucemas. En el libro expongo la idea que compartían los altos mandos militares africanistas de que el proletariado del sur de España era idéntico a la población rifeña y, por tanto, debían aplicar los mismos métodos de terror para someterlo. Esta idea aparece en muchas declaraciones previas y estaba presente en las instrucciones secretas de Mola dirigidas a los conspiradores.

Cuando Mola afirmaba que debían eliminar a quienes no pensaban como ellos... eso era un proyecto colosal. Sus instrucciones reservadas planteaban la necesidad de aniquilar, en primer lugar, a los gobernadores civiles y sus colaboradores, a los alcaldes y concejales republicanos, a los dirigentes políticos y sindicales del Frente Popular, a todos los trabajadores sindicados y luego a personas que eran una parte fundamental del proyecto reformista y progresista de la República, como los maestros o los masones. Mataron a muchos masones que eran médicos, abogados...

En el caso del sur, en el verano de 1936 se organizaron columnas mixtas de guardias civiles, falangistas, toreros y rejoneadores adinerados... Los latifundistas, como Ramón de Carranza o Rafael de Medina, les cedieron sus recursos (caballos, vehículos...). Esas columnas iban conquistando pueblo a pueblo principalmente para revertir la reforma agraria y devolver el control de las tierras a sus propietarios. Desplegaron una represión terrible y luego presumían de ello, como hizo Queipo de Llano en sus discursos radiofónicos o Rafael de Medina, posteriormente, en sus memorias.

Llama la atención la violencia brutal del ejército franquista contra las mujeres republicanas. Su libro documenta infinidad de casos con un sadismo espantoso...



Se utilizó la violencia sexual como un método muy importante de terror entre la población republicana, porque se corría la voz de lo que estaba sucediendo en las zonas que ocupaba el ejército sublevado. Por otro lado, esto formaba parte del pago a las tropas marroquíes, a las que sus mandos al entrar en un pueblo les concedían tres o cuatro horas para cometer violaciones, saqueos... Como la República abogaba por la igualdad de género, en la retaguardia republicana hubo una violencia sexual muy limitada.

Muchos episodios de la represión franquista fueron especialmente crueles, como el bombardeo de las columnas de refugiados que huían desesperadamente de Málaga a Almería el 8 de febrero de 1937...



Es una técnica que después utilizaron los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Se conservan muchas fotografías de aquellos hechos: eran unas columnas principalmente de mujeres, niños y ancianos que fueron bombardeadas por la aviación franquista, desde tres buques de guerra... A veces disparaban contra los acantilados para que las rocas cayesen sobre ellos. Desconocemos el número de víctimas que hubo. Dos años después hicieron algo semejante, o incluso peor, contra las personas que huían de Barcelona hacia la frontera francesa.

En la mitad norte del país (salvo en Guipúzcoa, Vizcaya, Asturias y Cantabria) el golpe de estado de julio de 1936 triunfó en cuestión de horas, sin resistencia. Pese a ello, la represión fue igualmente atroz: por ejemplo, usted revela que en Navarra uno de cada diez votantes del Frente Popular fue asesinado...



En el sur utilizaban la excusa de que había pueblos donde habían tenido tiempo suficiente para establecer comités del Frente Popular y en algunos hubo represalias contra los derechistas; pero en muchos sitios no las hubo, ya que el comité hizo todo lo posible para protegerles. En el caso de Navarra, La Rioja y Galicia, el golpe triunfó enseguida y el he-

cho de que el grado de violencia fuera semejante evidencia que el proyecto era el exterminio. Es decir; se equivocan aquéllos que plantean que la violencia del ejército franquista se explica porque tuvieron resistencia, aparte de que eso implica presentar como un delito la resistencia a un golpe de estado militar:

La «larga guerra de aniquilación de Franco» prosiguió durante 1937, 1938 y 1939 en Vizcaya, Cantabria, Asturias, Aragón, el País Valenciano, Cataluña... Nunca tuvo piedad con quienes consideró sus enemigos e incluso durante la II Guerra Mundial permitió que miles de españoles fueran conducidos a los campos de exterminio nazis...



Quando le preguntaron los jerarcas nazis, Franco respondió que para él no eran españoles, por lo tanto para los alemanes eran apátridas y eso significó que podían llevarlos a los campos de exterminio. En este libro, como ya había argumentado en mi biografía del dictador, sostengo que la «guerra lenta» formaba parte de lo que he denominado «la inversión en terror de Franco» y de los beneficios de esa «inversión» vivió hasta el día de su muerte. Por ejemplo, en 1964 hubo unas celebraciones masivas durante todo el año para conmemorar lo que el régimen llamó los «25 años de paz», pero toda su retórica fue de 25 años de victoria, porque volvieron a insistir en las dos Españas, la de los vencedores (los buenos españoles) y la de los vencidos (los malos españoles). Y en su último discurso público, el 1 de octubre de 1975, Franco aún habló en esos términos. La «inversión en terror» le ayudó a mantenerse en el poder con la idea de que había que dividir España entre vencedores y vencidos.

La lectura de su libro evidencia el generalizado desconocimiento de la magnitud de los crímenes franquistas. ¿Por qué no existe una condena social casi unánime del franquismo como en Alemania con el nazismo o en Italia con el fascismo?



Principalmente, porque Hitler y Mussolini fueron derrotados en una guerra exterior; ambos países fueron ocupados por los aliados occidentales y hubo procesos forzados

en los que se apoyó a la Resistencia y a las fuerzas democráticas. En Alemania hubo un proceso muy importante de «desnazificación», en Italia de «desfascistización»... Eso no lo ha habido en España y, además, conviene recordar que Franco sobrevivió al colapso del Eje en 1945 porque fue útil para las grandes potencias occidentales, que necesitaban un aliado anticomunista.

A partir de entonces hubo una limpieza de la imagen de Franco de cara a las poblaciones de los países democráticos. Y dentro de España había un colosal lavado de cerebro de la nación a partir del terror y del silencio impuestos a los vencidos, del dominio total de los medios de comunicación y del control de la educación con la ayuda de la Iglesia católica. Todavía hoy vivimos las consecuencias de ese lavado de cerebro, que explica mucha de la crispación actual en la política, porque esas ideas franquistas nunca han sido contrastadas u opuestas como sucedió con el nazismo en Alemania o el fascismo en Italia.

¿Cómo caracteriza la represión en la retaguardia republicana?



La represión en la zona republicana tuvo lugar esencialmente entre julio y diciembre de 1936 y principalmente en las grandes ciudades, sobre todo en Madrid, Barcelona y Valencia, aunque, por ejemplo en el Levante, en los pueblos también había comités del Frente Popular y en algunos casos intentaron parar la violencia y en otros hicieron la vista gorda cuando llegaba gente de otros pueblos y cometían los asesinatos que ellos no quisieron hacer.

Esto tiene muchas explicaciones. La básica es, evidentemente, el colapso del orden público debido al golpe de estado y sus consecuencias. Luego estuvo el problema de que se abrieron las cárceles, con lo cual salieron muchos ladrones y asesinos. Claro, para los anarquistas los presos eran víctimas de la sociedad burguesa y los consideraban como luchadores en la guerra social, con lo cual algunos se alistaron en las filas de la CNT y otros se aprovecharon de la falta de orden público. También existía la concepción, sobre todo entre los anarquistas, pero de la que

El proyecto era el exterminio

también participaban elementos extremistas del Partido Comunista y del Partido Socialista, de que para crear una nueva sociedad había que eliminar los vestigios de la antigua: los propietarios, el clero y los militares. Y luego, como también sucedió en el bando franquista, hubo una cuota de rencillas personales, de gente que se aprovechó de la situación, porque envidiaban lo que tenía el prójimo (su casa, su negocio...) o querían vengarse de una ofensa real o imaginada.

Frente al plan de exterminio de los sublevados, en numerosas ocasiones subraya que la violencia en la retaguardia republicana tuvo lugar a pesar de las autoridades. De hecho, cita los llamamientos de personalidades como Azaña, Negrín o Prieto al cese de estas acciones y los procesos judiciales abiertos en 1937 por la Generalitat para investigar la represión...



Nunca hubo de parte de las autoridades franquistas nada semejante y en la zona republicana hubo incluso procesos a personas responsables de esa violencia. La gran condena que se puede hacer a la República en la guerra es de debilidad, de haber sido sobrepasada por las circunstancias. Se puede entender, pero ése fue el gran problema, la ineficacia para impedir aquella violencia, aunque fue consecuencia de un golpe militar.

Dedica todo un capítulo a las «sacas» de presos derechistas de noviembre y principios de diciembre de 1936 en Madrid conocidas como «Paracuellos», que define como «la mayor atrocidad cometida en territorio republicano durante la guerra civil». Señala que «su horror puede explicarse, aunque no justificarse, por las aterradoras condiciones de la capital sitiada». Éste es un asunto muy polémico por la combatividad de la extrema derecha y la responsabilidad que estos sectores —muy poderosos en los medios de comunicación— atribuyen a Carrillo...



Conozco a Santiago Carrillo desde hace cuarenta años, he tenido muchas conversaciones con él, pero sabía que no iba a hablar más de esto. Tenía a mi disposición unas veinte entrevistas que había concedido a distintas per-

sonas y últimamente se había negado a hacerlo. Por ejemplo, el gran experto en la represión en zona republicana, José Luis Ledesma (profesor de la Universidad de Zaragoza), le había escrito más de veinte cartas pidiendo una entrevista y ni le contestó. Además, sé lo que va a decir... Al empezar a preparar este libro, decidí estudiar también la represión en la zona republicana al objeto de tener autoridad para hablar de la represión franquista. Como parte de eso, creo que el capítulo sobre Paracuellos es de lo más original del libro, me costó casi un año de trabajo e incluso conté con la ayuda de un investigador ruso. ¿Qué sucedió? De manera resumida: un Madrid sitiado, un ambiente de odio hacia los presos derechistas, ya había habido sacas hechas por los anarquistas. Entre los presos había más de dos mil militares que se habían negado a cumplir su juramento de lealtad a la República, se habían negado a luchar por la República, y habían declarado abiertamente que querían unirse a las fuerzas franquistas en cuanto llegasen a Madrid. Incluso antes de la huida del gobierno, Largo Caballero había dejado órdenes para una evacuación.

Cuando el Gobierno se fue a Valencia, se improvisó la Junta de Defensa de Madrid. El 6 de noviembre por la tarde, cuando el general Miaja tuvo que organizar un gobierno para la ciudad en cuestión de horas, llegaron los comunistas y le ofrecieron dos «ministerios» listos para empezar a funcionar: las Consejerías de Guerra y de Orden Público. Entonces, uno de los primeros asuntos que se discutió fue el de la evacuación de los presos. Eso ya estaba autorizado, pero se habló de qué iban a hacer con ellos.

¿Quiénes participaron en aquella reunión?



La dirección del PCE, representada por Pedro Checa y Antonio Mije, los asesores rusos, Miaja y el entonces coronel Vicente Rojo y de ahí salió la autorización para la evacuación. Ellos dejaron la organización de la evacuación y probablemente del exterminio en manos de todo el equipo de la Consejería de Orden Público, es decir, Santiago Carrillo, Segundo Serrano Pon-

cela y José Cazorla, quienes para hacer eso tuvieron que pactar con los anarquistas, porque sus milicias de retaguardia controlaban las carreteras de entrada y salida de Madrid.

Entonces, tuvo lugar la famosa reunión que descubrió Jorge Martínez Reverte y ahí se abordó lo que iban a hacer: Es evidente que trataron de que iban a matar a gente. Se sabe que había dos representantes de la Consejería de Orden Público, es decir, dos de ellos (Carrillo, Serrano Poncela o Cazorla). Aunque no fuera Carrillo uno de ellos, los otros le informaban a diario. Hubo todo ese proceso de organización, que debió ser muy complejo y requerir la participación de bastante gente. La parte final fueron las ejecuciones y ahí participaron los anarquistas, creo que elementos del Quinto Regimiento por instrucciones de la Comintern, elementos rusos...

En conclusión ¿Carrillo responsable o Carrillo culpable? Es absurdo, participó tanta gente para montar aquella operación que es absurdo plantear que fue el único culpable. Pero decir lo que ha dicho, que no sabía nada, es igualmente absurdo. Fue una de las figuras claves en la organización de aquella evacuación, que no diera órdenes explícitas, seguro, nunca se ha encontrado nada... Pero es imposible que no lo supiera, porque Serrano Poncela, que sí firmaba las órdenes, despachaba con él a diario.

¿Qué huellas dejó el holocausto en la sociedad española?



El régimen de Franco, al crear su propia memoria histórica, todo ese proceso de lavado de cerebro del que hablé antes, originó un odio dentro de la sociedad al dividir España entre buenos y malos, vencedores y vencidos, proclamando que todo el que había apoyado a la República era un criminal. Había un odio subyacente y por supuesto un odio de la mayoría de

los familiares de las víctimas de ambos bandos. La huella fundamental hoy en día es la crispación política y el hecho de que todavía haya políticos que puedan sacar a relucir el asunto denunciando el movimiento de recuperación de la memoria histórica republicana, diciendo que remueve las cenizas, que suscita el peligro de otra guerra civil... Es absurdo, pero el hecho de que se pueda decir eso con una finalidad política es muy significativo.

Decenas de miles de republicanos siguen en fosas clandestinas 75 años después...



Evidentemente, parte del proceso de la Transición fue el acuerdo de amnistía, de no buscar responsabilidades judiciales por lo que pasó ni en el establecimiento de la dictadura ni en la resistencia contra la dictadura, pero es curioso que la única persona que ha sufrido consecuencias judiciales de eso es quien ha intentado aclararlo: el juez Baltasar Garzón.

Una comisión creada por el Gobierno está estudiando qué hacer con el «Valle de los Caídos». ¿Cuál es su punto de vista?



Debería quedar como símbolo de la guerra civil, del trabajo forzado de los presos republicanos que lo construyeron. Creo que debería desacralizarse y puede que eso sea lo más conflictivo, porque hay mucha oposición de la Iglesia, pero considero que es fundamental. Y luego habría que utilizarlo como herramienta de educación, sería una cosa magnífica; en lugar de emplearse como se hace ahora, más bien como lugar de encuentro de los nostálgicos del franquismo, convertirlo en una herramienta pedagógica.

¿Y respecto a las tumbas de Franco y Primo de Rivera?



He oído que algunos miembros de la comisión han recomendado la devolución de los restos a sus familias... ■

La huella fundamental del holocausto hoy en día es la crispación política